en sacrificio y amor a Dios comprarle las almas, tendremos en Dios una unión y un trato gozosísimo y especial, pues fue el medio de santificarnos y de dar gloria a Dios. Dichosa vida de unión que nos hizo hermanos; jamás se perderá esa unión ni ese amor, sino que será sobrenatural y más íntimo. No se acabó el amor en la tierra. Se hace llama más brillante en el cielo.

Y el amor de los esposos florecerá con una lozanía sobrenatural más hermosa sin temor a ningún roce ni desavenencia, sino en unión gozosa y perpetua. Y el amor mutuo de los padres y de los hijos será glorificación de renovada alabanza y agradecimiento. No se perderá, sino que se hará perfecto el amor sin que se interponga nube alguna de menos compenetración y efusión. El encuentro en el cielo y la convivencia de los que se amaron y se ayudaron a la virtud y al amor de Dios perdurará siempre, más comunicativo y cordial, más intenso y ya sobrenaturalizado.

Se deduce esta verdad de la teología y del precepto del amor, y lo confirman también multitud de apariciones y visiones de las almas santas.

175.—La voluntad del alma bienaventurada está perfectísimamente unida y compenetrada con la voluntad de Dios, de modo que la voluntad de Dios es la voluntad del alma, y, aun cuando tengamos especial alegría en ver y tratar a estos que más

habíamos amado y tratado en la tierra, como son los padres, los hermanos o los esposos, y los que habían vivido juntos santificándose en las órdenes religiosas, no será a ésos a quienes más amemos, sino amaremos más al que más ama Dios, y Dios tiene mayor amor al que más participa de Dios mismo, porque lo que se ama es a Dios y lo que se tiene de Dios. Lo que se ama en el santo es lo que tiene de Dios. Lo que constituye la santidad es el amor de Dios. Amaremos más y sentiremos más admiración y más gozo en el trato y conocimiento del más santo.

Un padre, un hermano o un hijo no tendrán más amor a su hijo, a su hermano o a su padre aun cuando se le tengan muy especial, sino al más santo. Y un fundador de una orden religiosa no tendrá más amor al que perteneció a su orden, aun cuando le tenga amor especial, sino al más santo, que será un seglar o un pobre que no supo ni leer, pero amó a Dios sobre todos. El amor del cielo y la felicidad siempre son en Dios y sin celos. La participación de la vida de Dios es la medida del amor.

Nos amaremos y nos comunicaremos con amor especial con nuestros padres y con nuestros hermanos; con nuestros amigos íntimos y familiares. Nos amaremos los religiosos que convivimos y alabamos juntos a Dios. En el cielo se tiene el amor bueno con toda perfección y es íntimo, manifiesto y sin envidias ni celos. Alabaremos a Dios y nos gozaremos en

Dios muy unidos a los seres queridos en la tierra. Mi alabanza será su alabanza, y su alabanza será mía.

En el cielo veremos la verdad con que nos amábamos y nos ayudábamos en la tierra, y también las almas que salvamos con nuestro esfuerzo. Ellas nos lo agradecerán y nos estarán especialmente unidas.

En el cielo verá mi alma y verá toda alma bienaventurada en Dios todas las acciones e intenciones que cada uno realizó en la tierra. A esas obras y a esa rectitud de intención en hacerlo por Dios corresponde exactamente la gloria que cada una goza. Todo se ve en Dios y todo se ve viendo a Dios. Allí ya se nos hará manifiesto quiénes dieron más esplendor a la Iglesia y quiénes convirtieron más almas, recibiendo cada uno su premio.

176.—¿Dónde están las almas gloriosas? ¿Dónde gozan su gloria? Están y viven la dicha y sus gozos en Dios. Dios es todo para cada alma, y cada alma le vive como si sólo fuera para ella. Se siente llena de Dios en todo bien, sin dejar de ver y gozar que todas se ven igualmente llenas de Dios. Allí no tiene entrada la envidia, la detracción ni murmuración. Gozaré de Dios infinito y glorioso para mí. Podemos decir de cada alma lo que San Agustín dice del cielo: *Dios está todo en solo cada alma y está todo en todas las almas, y cada alma está toda en Dios.*

El cielo es Dios y el gozo del cielo es el gozo de Dios, aun cuando el cielo local sea también un lugar

sin límites. La felicidad no es el gozo del maravilloso lugar que supera todo ensueño, sino el gozo de poseer y gozar a Dios en ese lugar.

Cada alma tiene su gloria especial e inconfundible; ni habrá probablemente dos almas exactamente iguales en gloria. Todas ven la gloria de todas y de cada una en particular y la verdad o justicia con que la gozan.

Todas ven también y admiran lo que la teología llama *corona o aureola de gloria.* Sólo algunas almas preclaras entre todas tienen la aureola.

La corona o aureola de gloria es un especialísimo premio o gloria que Dios da a algunas almas por las virtudes que heroicamente practicaron. Los salmaticenses exponen muy clara la idea de Santo Tomás diciendo: *La aureola es un premio especial de gozo accidental que reciben los bienaventurados por haber obtenido alguna extraordinaria victoria con la cual sometieron valientemente al enemigo; este premio corresponde a la victoria obtenida no solo en cuanto que procede del amor, sino también porque corresponde a la bondad del acto realizado*[8]. Es Dios solo quien puede darla y quien la da, no los hombres. Los bienaventurados todos ven, admiran, alaban las obras realizadas por el santo y se gozan del premio especialísimo que ahora disfrutan para siempre.

8. *Salmaticenses, De Beatitudine,* disp. III, dub. I, art. 5, núm 4.

En la tierra, los hombres no pueden conocerlo ni apreciarlo. Dios no mira sexos, sino virtudes y el amor. Ve y pesa la obra, la intención y el amor.

Tres son las aureolas que enumeran los teólogos. Innumerable será la graduación de cada aureola como lo será de cada virtud, como es innumerable el grado de amor y pureza de intención con que cada bienaventurado realizó la virtud.

Las aureolas que se enumeran son: la aureola de los mártires, la de los doctores y la de las Vírgenes. Veremos y nos gozaremos en la gloria especial que envuelve al mártir por cuanto sufrió confesando a Jesucristo; en el gozo que alegra al doctor por haber enseñado la Verdad, y en la encantadora hermosura que resalta en el Virgen por la limpieza de su espíritu. Esa gloria y gozo y hermosura resaltará en todas y en cada una de las almas que la ganaron, como digo, en distinta intensidad, y será para siempre y brillará ante todos los ángeles y bienaventurados, y admirarán y alabarán al alma. Y después de la resurrección de los muertos también brillará con particular belleza en sus cuerpos, porque los cuerpos gloriosos lo serán en proporción de la gloria de las almas; los cuerpos directamente, junto con el alma, sufrieron y se vencieron y la ganaron, y ellos serán muy espléndidamente premiados.

Sólo Dios lo puede premiar, porque sólo Dios lo conoce, pero nada quedará oculto y Dios lo pondrá manifiesto ante todos e indeleblemente. Dios hará

ver las acciones ocultas y calladas, como también los pensamientos y deseos, y todos recibirán su premio visible y servirán de gloria tanto o más que los conocidos y públicos. En el cielo ya veremos y conoceremos los esplendores de la vida callada y oculta de la Sagrada Familia en Nazaret, como la pública y dolorosa del Gólgota y por qué se vivió de esa manera.

El cielo es el día de la gloria de Dios y el día eterno de la manifestación de la verdad y de la gloria que disfrutará cada alma según sus merecimientos y ante todas las generaciones; es gloria inalienable que gano el mártir en su martirio, el penitente en su penitencia, el retirado en su retiro, el apóstol en su apostolado y cada uno en el desconocido cumplimiento de su obligación practicada con amor. Porque ese cumplimiento es el que santifica.

En el cielo todos nos veremos y conoceremos clarísima e íntimamente en Dios. Todos nos trataremos confiadamente y a la luz de Dios y en la Sabiduría de Dios, que es el Verbo, y en la Bondad de Dios. No tendremos que hacer esperas para tratar con Dios, pues estamos en Él, ni formarnos en grupos para tratarnos unos con otros, pues todos estamos en Dios y nos comunicamos en Dios y a manera de eternidad, como queda indicado, todo al mismo tiempo y todo detallado. En el cielo no hay rincones ocultos para la murmuración. En el cielo todo es claridad.

El idioma o lenguaje del bienaventurado y del ángel no es la palabra que suena y hace ruido y puede ser menos exacta; es la mutua comunión directa del pensamiento y de la misma verdad en la alegría y en la expansión más radiante y jubilosa. Hasta después de la resurrección están las almas sin los cuerpos y son los cuerpos los que podrán usar el lenguaje articulado y de sonido, como producir y escuchar las armonías sonoras. Porque también las armonías y fragancias son espirituales, intelectuales, sobrenaturales, purísimas, arrobadoras, sin roce posible ni aspereza de materia corpórea. Se ven mutuamente las almas y los entendimientos y la claridad de la verdad y del amor en la mirada del espíritu. Todo se verá, todo se conocerá, todo se comunicará en esa mirada cargada de armonías y dulzuras, de amor y en amor de gloria.

Todo cuanto puede desearse se tiene y se disfruta Todo lo tendremos y todo lo gozaremos en Dios y en las mismas criaturas, aunque menos perfectamente en las criaturas que en Dios. Amenísima y gozosísima será nuestra conversación de las perfecciones de Dios y de las maravillas de Dios en nosotros y en la creación, la cual conoceremos perfectísimamente. Todo sin apartar la atención y mirada de Dios, que es el objeto amado, y sin salir de Dios, que es el centro de gloria y de verdad, siempre más atrayente y admirable.

Capítulo XXIX

Amor y comunicación de los bienaventurados con los seres queridos de la tierra

177.—Rebosando mi alma de contento por la doctrina tan optimista e ideal que me explicaba, ponía yo mi atención más allá del paso de la muerte, siempre muy impresionante, y volaba por encima de las cosas que perecen y pasan. Deseaba ver con la mayor claridad posible y conocer la gloria del Criador de todo y la vida gloriosa de las almas felices que viven ya en la visión de Dios, hechas una misma luz y dicha con la dicha y la luz del criador. ¡Qué hermoso se me representaba Dios!

Esta vida de la tierra es para hacer méritos para la que viviremos gloriosa en Dios, y aún la miro yo como su noviciado. ¿Por qué tendremos tanta ansia de apegarnos a estas cosas pasajeras de la tierra si lo

que importa es la vida inacabable en Dios y para Dios? Y en Dios todo es belleza y alegría y encanto.

Estas ideas estaban moviéndose en mi mente mientras le oía. Deseaba vivir para el cielo, para

> Aquella vida de arriba,
> que es la vida verdadera.

Cuando me pareció que terminaba su explicación le dije:

—Muy complacido oigo y me produce un nuevo gozo saber que los bienaventurados, en el cielo, poseerán y gozarán todo cuanto desean. En el cielo no hay ninguna privación y todo es vida y regocijo en la actividad más deliciosa. Allí no hay incomprensión ninguna ni molestia; todo es concordia y armonía en exaltación de júbilo.

—Así es ciertamente —me dijo—. Si no lo poseyeran y gozaran, no serían felices.

—Mucha alegría me da saber tan íntimas y deliciosas relaciones como tendrán unos bienaventurados con otros y con todos los ángeles del cielo y mucho más con Jesucristo y la Virgen. Forman todos la gran familia de la gloria en la más perfecta unión y en toda felicidad, entonando a Dios el himno triunfal de la dicha.

Pero muchas veces he pensado, en mi ignorancia, que los bienaventurados dejaron en la tierra seres queridos muy suyos, a quienes amaban mucho, a quien quizá debían muchos beneficios y, a veces,

la misma salvación, y parece quedan totalmente desconectadas esas relaciones cuando entran en el cielo. ¿Es que pierden el amor a los que dejaron en la tierra? ¿Es que ya no obliga allí el mandamiento de Dios de amarnos y amar y agradecer a los nuestros y a los que les hicieron beneficios? ¿Es que ya no pueden hacer beneficios o no tienen deseos de amarnos? Porque si los tienen, no parecen sean felices no pudiendo dar cumplimiento a esos deseos. ¿Es que ni nos ven, ni nos oyen ni tienen relación con nosotros? ¿No la tiene un padre con su hijo o un hijo con su padre? Yo a ellos no los veo ni los siento y, sin embargo, les hablo. Hablo y pido a los santos y me encomiendo a ellos. ¿Me oirán ellos? ¿Me verán y acompañarán? ¿Será mi petición y mi habla inútil y caerá en el vacío?

178.—Me respondió risueño:

—Los bienaventurados, en el cielo, no necesitan memoria para acordarse de cuantos amaban y querían en la tierra, ni necesitan teléfono para atender a sus llamadas. Recordábamos antes que lo bueno de la tierra no se pierde en el cielo, sino que se perfecciona. Dios nos mandó amarnos y el amor confidencial y glorioso es la ley del cielo. No hablas en el vacío ni pides inútilmente. En el cielo continúan amándonos y también nos ven, nos oyen, nos acompañan. En el cielo se intensifican y perfeccionan las relaciones con los seres queridos. Nos escuchan y

atienden y no a distancia. Aquí nos están acompañando.

Nos dice la Beata Ana de San Bartolomé, compañera y enfermera de Santa Teresa, que después de muerta continuaba tratándola y viéndola sensiblemente con frecuencia. La veía[1]. De la misma Santa Teresa se narran muchas apariciones. A un religioso muy fervoroso de su orden le advirtió algo que hacía menos perfecto, diciéndole: *Cuando vivía estaba en un convento solo; ahora estoy en todos.* A una religiosa que hablaba en tiempo de silencio se la apareció con los dedos sobre los labios, recordándola el silencio que debía guardar[2]. A la Beata Ana prometía su ayuda y la cumplía y la beata la veía y oía[3].

De sí misma, escribe Santa Teresa que se la apareció San Pedro de Alcántara nada más morir y la ponderó el mérito de la penitencia que había practicado[4]. También dice que había días en que la parecía que los vivos eran los bienaventurados con quienes trataba muy frecuente y familiarmente, y los muertos, estos que estamos en la tierra[5]. Del mismo San Pedro de Alcántara escribe se la apareció muchas veces con gran gloria y la ayudó más desde el cielo que en vida.

1. Beata Ana de San Bartolomé: *Autobiografía,* 10, 11.
2. P. Dámaso de la Presentación: *Año Carmelitano,* 17 de abril.
3. Beata: *Autobiografía.*
4. Santa Teresa de Jesús: *Vida,* 36, 20.
5. Id., id.: *Vida,* 38, 6.

La Hermana Margarita, que murió el 1941, escribe de algunas mercedes que el Señor la hacía: *Con mucha claridad se me manifestó parte del cielo más de dos horas que duró este regalo toda anegada en Dios. Allí vi a mis padres gloriosos, a mi madre en mayor grado, y los grados que por mi profesión Su Majestad les había concedido*[6]. Otro día se la aparecieron su madre, con quien tuvo un largo coloquio, y la sobrinita, que la entonó una canción dulcísima como del cielo[7].

En otra visión, Jesús hizo el cambio perfecto de corazones, tomando Jesús el suyo y poniéndola en el pecho, por cuatro horas, el propio de Jesús. *Después quiso Su Majestad descubrirme los cortesanos del cielo que le acompañaban. A mi lado derecho, mi Ángel de la Guarda y otros muchos… ¡Estaba esta pobre celda hecha un verdadero cielo! ¡Qué claridad y hermosura!… me regalaban con dulce melodía… Desapareció de mi vista la comitiva… Mi Jesús me dijo: ¿Qué te parece? ¿No te he dicho que tu celda es mi cielo? Siempre que te visito me acompañan, aunque ocultos para ti. Tu celda es mi cielo*[8].

El día 29 de octubre de 1930 dice: *Dios me hizo ver los muchos espíritus que le acompañaban haciendo escolte a Su Majestad. Sentía mi espíritu delicias de cielo, entendiendo divinidades que no es posible explicar; era*

6. Margarita del Espíritu Santo: *Manuscrito*, pág. 57.
7. Hermana Margarita: Manuscrito, 2.° cuaderno, pág. 8.
8. Id., id.: *Manuscrito*, pág. 377.

todo un fuego suave divinísimo. Me mostraba su corazón, Muy dentro del suyo, el mío, y me decía: este es mayor favor que el cambio de corazones. Es tan divina la unión que es un solo corazón, un solo amor y una sola voluntad. «Yo vivo en ti y tú vives en Mí». Esto me hacía ver y palpar con tal intensidad de amor que decía: «Señor, que mi debilidad no puede sufrir tanta grandeza»[9].

Estando San Juan de la Cruz conversando con su hermano en la huerta del convento de Segovia se les apareció su madre acompañada de una nieta, hija del hermano del santo. Les habló su madre y la hija entonó un muy dulce cántico[10].

179.—Los santos del cielo no están lejos de nosotros; nos ven; muchísimas veces nos acompañan, nos ayudan. No sabemos cuándo, ni cuánto, ni los vemos, ni los sentimos. Es un misterio impenetrable. No sabemos descifrarlo ni explicarlo con claridad. Nos ven y ven todas nuestras acciones en Dios.

Nos acaba de decir la Hermana Margarita que tenía su corazón muy dentro del corazón de Jesús, y antes escribe que *se me manifestaba la Santísima Humanidad glorificada dentro de la misma divinidad en el pecho del Padre donde me tiene tan íntimamente unida*[11]. Dios nos muestra, además de enseñárnoslo

9. Id., id.: *Manuscrito*, 2.° cuaderno, pág. 21.
10. P. Crisógono de Jesús, S. C.: *Vida de San Juan de la Cruz*, cap. 18; P. José Velasco: *Vida y virtudes del venerable varón Francisco de Yepes*.
11. Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscrito*, pág. 42.

por la fe, que estamos en Dios, vivimos en Dios, Dios nos llena; los bienaventurados viven en Dios, Dios los llena y glorifica. Ellos ya lo ven todo en Dios y están en Dios como nosotros, ellos ya gloriosamente. No están lejos de nosotros, están como nosotros, aunque no los vemos ni los oímos. Está tu celda llena de bienaventurados, aunque no los ves, dijo Jesús a esa hermana. Están mis seres amados del cielo, no lejos de mí, sino junto a mí; estoy dulcísimamente acompañado, además de la compañía de Dios. Me querían en la tierra y me quieren aún más en el cielo. Y acaso no se apartan de mí o, con frecuencia, están conmigo.

No necesito dar voces para hablar con estos seres queridos míos. Les hablo dirigiéndoles la atención y manifestándoles en mi entendimiento mi deseo. Ellos ven mi entendimiento y escuchan mi deseo y recogen mi amor. La oración interior es la atención del entendimiento con amor y estoy hablando en la oración con Dios y con ellos. Ellos unen su oración y su amor a los míos y recogen el mío para ofrecerle con el suyo a Dios.

La Iglesia confirma esta verdad enseñándonos y mandándonos orar. Orar es hablar al cielo, es hablar con los santos. No es la voz de la garganta la que llega al cielo, es la voz del amor, es la idea y la atención. Yo hablo aquí en este rinconcito de mi celda o en el del coro con Dios, con la Virgen, con los santos, con mis seres amados; mis padres y hermanos me

han precedido en ir al cielo y sé que están conmigo, que me escuchan, que me ayudan. No oraría si no me escuchasen. No hablo con una pared o en el vacío. Y la Iglesia, Dios por su Iglesia, me manda orar, que es hablar con los moradores del cielo, con los santos, con mis seres queridos.

La oración, especialmente la interior, es la palabra directa del entendimiento y del corazón míos al suyo, y sumamente agradable a Dios. Dios la ve y recoge y atiende aun cuando nos parezca se hace el desentendido. Estoy en la oración hablando con Dios y en el mismo Dios el lenguaje callado de la verdad y del amor. También hablo en la oración con Jesús, con la Virgen, con algún santo y bienaventurado amado y sé que no están ausentes, que están conmigo y me atienden y entienden. La atención y la verdad son mi conversación y mi lenguaje. Con ellos hablo y los miro agradeciendo y pidiendo. Uno mi entendimiento y mi voluntad con los suyos y ellos con los míos.

Esta relación es directa en Dios. Yo no la veo ni siento. Mis seres amados del cielo sí la ven y atienden. Hablo con mis padres y hermanos que están en el cielo, y hablo aquí, en este retiro y en la iglesia o en cualquier lugar; sé que están conmigo y gozo de su compañía. Sé que ellos están ya gloriosos en Dios y en Dios me ven, leen todo mi interior y saben mis acontecimientos. El alma bienaventurada ve y presencia en Dios mis obras y mis acciones y las de

muchos, aun cuando nosotros no los recordemos. Hay una relación muy íntima y muy continua entre ellos y nosotros, aunque no conocemos el misterio o la razón de por qué no se hacen sensibles ni se comunican a los sentidos. El rico Epulón, sin estar en el cielo, veía que sus hermanos no llevaban camino del cielo. No conoceremos el misterio hasta que vayamos al cielo. Al presente vivimos en la oscuridad de la fe. Creamos, obremos.

En mi modo de pensar, los bienaventurados se comunican con los que en la tierra vivimos, pero de modo más delicado y amoroso con los seres amados de Dios y que más le aman. El amor de Dios es el lazo que los une.

Para ellos todo les sirve ya de gozo y gloria. Vayamos por camino santo, como ellos lo fueron, y alcanzaremos el cielo como ellos lo alcanzaron y ya gozan.

Yo aquí cierro con frecuencia los ojos del cuerpo y miro con los del alma esta mi celda llena de claridad y llena de moradores del cielo. Sé que estoy en Dios, en Dios glorioso; y en Dios me miro. Sé que Jesús me mira y le acompaño en el sagrario, y le recibo en la Eucaristía, y es el mismo del cielo, y Jesús no está solo; con Jesús está su corte, que es la Virgen y son los ángeles y los bienaventurados; también ellos me miran y me acompañan mis padres y hermanos amados y mis seres queridos; les hablo y me escuchan. No oigo su respuesta, ni veo su figura,

pero aquí, recogido, me envuelven las bellezas y armonías del cielo. ¡Oh mis seres amados! ¡Vosotros ya gozáis de la felicidad en el cielo! Vosotros me acompañáis; que os acompañe yo a vosotros. Que os trate y converse con vosotros. Que ponga yo mi atención en el cielo para que vaya al cielo con vosotros a vivir ya en Dios, glorioso y lleno de dicha.

CAPÍTULO XXX

Relaciones y conocimiento que los bienaventurados tienen con los hombres, con la tierra y con el universo

180.—El hombre tiene ansia de saber y de conocer; más el sabio que el iletrado. Desea conocer las ciencias, las propiedades de la naturaleza, de los seres, del universo, de lo que existe o puede existir. Desea saber el origen y las evoluciones de ese mismo universo, y del hombre y de los seres y su fin. Se preocupa por estar informado de los acontecimientos de la sociedad en las cinco partes de la tierra y de los hechos particulares de los hombres.

Nos tratamos para recibir y comunicar noticias. Se han inventado los medios más rápidos de comunicación para conocer con la mayor brevedad posible cuanto acontece, y más los sucesos sensaciona-

les. Se desearía saberlo todo, conocerlo y aun presenciarlo todo.

Dios ha puesto este insaciable deseo en la naturaleza del hombre y no se puede prescindir de él. Cuanto más se sabe más se desea saber. Dios no le dará cumplida satisfacción en la tierra hasta que llegue al cielo.

El bienaventurado en el cielo tiene muy exacto conocimiento de los hombres, de la naturaleza, de los seres y de los astros todos del universo entero; todo lo conoce y todo lo goza. Es como complemento secundario de la felicidad y de la dicha que tiene en la visión gloriosa de Dios. Oímos ya decir a San Gregorio: *¿Qué cosa podrán ignorar los que saben o entienden al que sabe todas las cosas?*[1]. *No se puede pensar que los bienaventurados ignoren algo de fuera teniendo dentro de ellos la claridad de Dios, que lo es todo, y viviendo continuamente en la claridad.*

No se deje de tener presente que desde el momento en que el alma empieza la visión gloriosa con la luz de gloria ve directamente la esencia de Dios y sus perfecciones y empieza el goce del cielo, y que el cielo es la felicidad, la satisfacción completa de todos los deseos y aspiraciones en delicia perfecta. Con la luz de gloria Dios infunde en el alma la Sabiduría divina. El alma ve en la esencia de Dios,

1. San Gregorio: *Diálogo*, 33, 14.

Suma Verdad, y en la Sabiduría de Dios, el Verbo Eterno, la Verdad de Dios; y en la verdad de Dios ve también la verdad detallada e íntima de la creación entera con todas las criaturas y todos los seres; ve todo el origen y desarrollo de la creación universal y de cada uno de los seres con sus propiedades y perfecciones. Lo ve y lo conoce con la claridad y perfección proporcionadas a la perfección y alteza que tenga de la visión de Dios.

Alma mía, todo lo conocerás en el cielo en la visión de Dios. Conocerás cuanto existe y mucho de lo que no existe, pero que Dios tiene en su esencia. Conocerás todas las ciencias, que ahora desean conocer los que se llaman sabios, y las conocerás en proporción a la intensidad del amor a Dios y de gracia que viviste. Gózate, alma mía, porque en el gozo y en la sabiduría de Dios lo conocerás todo sin esfuerzo, sin estudiar, sin discurrir. En el cielo no se discurre, el discurrir cansa, encierra imperfección. En el cielo se contempla, se ve y se entiende hasta lo íntimo de la esencia. Y tú y todos los bienaventurados, viendo y contemplando a Dios, lo conocerás todo en deleite y en gozo saciativo.

Recordé ya que dos maneras hay de conocer la creación en el cielo: una, viendo la esencia de Dios y en Dios, en la Sabiduría de Dios, que es el Verbo eterno, viendo perfectísimamente todas las cosas, con grandísima gloria; la otra, viéndolas directamente en ellas mismas, con menos perfección y

gloria[2]. Este conocimiento será conjunto o simultáneo y detallado; nunca dejan de conocerlo en el Verbo. El Verbo es la Sabiduría del Padre y del Espíritu Santo, y es la Sabiduría del cielo. Todo lo conoceré en la Sabiduría de Dios. En Dios conoceré todo lo creado, y sobre todo lo creado conoceré a Dios mismo y conoceré que en Él siempre hay más que ver, que es infinito en todo bien y en todo gozo.

181.—¡Cuánto se escribe y cuánto se lee continuamente! Los sabios, cada uno en su especialidad, se desviven por estudiar para llegar a saber algo más. Con este fin buscan los archivos y analizan hasta el polvo de la Tierra y de la Luna. Hermoso es el afán de saber. Pero se gastan la vista y las energías estudiando para saber, y ¡qué poquísimo se sabe, y menos con seguridad! Muy poco se sabe de las cosas materiales, pero mucho menos de las espirituales y sobrenaturales fuera de lo que nos asegura la fe. Mas la enseñanza de la fe es oscura; se cree, no se entiende. Y se espera lo que se cree con certeza, pero sin entender qué es o cómo es.

Se desea y procura saber el modo y el tiempo del origen del hombre, pero se ignora, como se ignora el modo y el lugar y se desconoce el desarrollo de la humanidad, y hasta ignoramos los mismos hechos

2. Véase el cap. XVI.

que narra la historia en sus circunstancias, por estar o intencionadamente tergiversados o por ignorancia. Como se ignora el modo natural y el tiempo y lugar o ambiente en que empezó y se desarrolló la vida de los animales y vegetales. Sólo sabemos con certeza, porque la fe nos lo enseña, que lo creó Dios.

Igualmente nos es desconocido el modo, el tiempo y el desenvolvimiento del universo, de las constelaciones, de las estrellas y mundos siderales. Aun de la tierra que habitamos apenas conocemos nada, ni las etapas y evoluciones que ha tenido hasta llegar al estado actual. Hablamos de si estarán habitados muchos o pocos astros, pero no podemos cerciorarnos de lo que deseamos y procuramos saber, ni cuál será el futuro de la tierra y de los astros, por muchas suposiciones que se hagan. ¿Empezó el universo por el átomo o por la nebulosa? ¿Lo creó Dios todo en detalle en un momento? Para todo hay opiniones y ninguna nos satisface, porque no sabemos nada con certeza. Sólo Dios, que lo creó todo y lo conserva, lo sabe y sabe lo que hará en el futuro.

Ignoramos hasta las cosas más elementales, pues no sabemos ni lo que es la luz en sí, ni la electricidad, ni las ondas que llevan las imágenes y el sonido hasta los astros. Estamos envueltos en misterios de nuestra ignorancia.

Pero alégrate, alma mía, y sueña, que las realidades que Dios te tiene preparadas superan tus sueños por altos que sean.

Porque desde el momento en que Dios te comunique la luz de gloria y le veas directamente en su esencia, empieza tu felicidad y recibirás la sabiduría de todas las cosas. Desaparecen las opiniones y empieza la certeza con toda claridad, detalle y perfección. Ya no habrá necesidad de más inventos por sorprendentes que ahora nos parezcan. Veremos a Dios y en Dios lo veremos y sabremos todo, sin estudio, sin esfuerzo, sino en grandísimo gozo y delicia. Podremos también verlo en los mismos seres. Ya todo será evidencia.

Aun cuando toda la creación y el universo entero con sus maravillas y magnificencias materiales y espirituales, naturales y sobrenaturales, sea como nada y como oscuridad y fealdad ante la omnipotencia y sabiduría de Dios, no deja de ser una inabarcable maravilla de grandeza y servirá de muy grande gozo conocerla y disfrutarla. No es necesaria para la felicidad. La felicidad total se tiene viendo y poseyendo a Dios, o está en la visión de Dios. Mas la visión de Dios comunica al mismo tiempo el conocimiento perfecto de toda esta magnificencia del universo, de los ángeles, de los hombres que existen y han existido, de las criaturas con sus perfecciones y defectos, con sus propiedades y las relaciones que tienen unas con otras, sabiendo el número exacto y su historia.

182.—El bienaventurado en el cielo, como el ángel, está unido en gloria a Dios, y de tal modo unido que está hecho sabiduría de Dios y hermosura de Dios, y poder de Dios, y vive la felicidad de Dios. En esta unión y posesión de Dios ya encuentra satisfechos los deseos que en la tierra tenía de saber, poseer y disfrutar. Dios sacia y supera todos esos deseos muy sobreabundantemente.

En la sabiduría de Dios recibe conocimiento de Dios y también de los seres criados naturales y sobrenaturales como de todos los mundos. Dios le ha comunicado la sabiduría en gloria. Desaparece la oscuridad de la ignorancia e incertidumbre y ve en Dios los secretos de los hombres y de los mundos, las leyes de la naturaleza insensible y de la animada.

El entendimiento del bienaventurado ve en la claridad de Dios todo lo pasado y lo presente. Ve el río humano de todas las generaciones, de todos los individuos con todos sus hechos de bondad y de verdad o de maldad y falsía, sin temor a error ni aun a inexactitud alguna. En el cielo ya todo es verdad gozosa en la Verdad de Dios. No existen nubes de ignorancia, ni de error ni aun de incertidumbre.

Sin estudio, sin compulsaciones ni esfuerzo, el bienaventurado ve los hechos de la historia no como los escribieron los hombres, sino como fueron en su exacta realidad y las intenciones con que se efectuaron y el premio que disfrutan y disfrutarán para

siempre cuantos obraron el bien y en proporción de la bondad con que los vivieron. Ya desaparecieron las opiniones y las tergiversaciones. Ya no se podrá decir como ahora:

> Vemos que vibran victoriosas palmas
> manos inicuas, la virtud gimiendo,
> del triunfo en el injusto regocijo.

Llegó el triunfo y el premio de la verdad en cada una de las acciones y de las personas individualmente y en sus relaciones sociales.

Todos los bienaventurados ven con la mayor complacencia y alegría cuándo y en qué modo y estado creó Dios al hombre y la verdadera causa de su caída y su culpabilidad, así como el paraíso terrenal y las delicias que tenía y el idioma que le inspiró y la dispersión de la humanidad por la tierra, la evolución de las lenguas, y la formación de las razas y las encrucijadas de la historia.

Ya no discutirá más ni buscará cómo fue el diluvio, porque ve y conoce cómo fueron todas las conmociones que la tierra ha pasado en su centro y en la periferia, y cómo se formaron los mares y los depósitos admirables y escondidos del petróleo y del carbón, del oro y de las piedras preciosas. Todo lo ve y conoce en su origen, y en su continua evolución y en su final, y entiende la esencia y los efectos de la luz, de la electricidad, de las ondas transmisoras.

En el cielo se tiene el perfecto conocimiento, con gloria secundaria, de la formación del núcleo y periferia de nuestro planeta, como se tiene con toda exactitud del sol, de las constelaciones y galaxias en su magnitud y número, y de las estrellas que contienen, y de los soles que las embellecen, y del tiempo transcurrido en su formación. Y se conoce no como se conoce un paisaje, sólo de vista, sino con conocimiento interno y científico de la naturaleza y fuerza de cada astro, de cada ser, de cada planta, de cada átomo o molécula, de cada bacteria o animal.

Ni se necesita de microscopio y telescopio para ver el maravilloso mundo del átomo y sus propiedades, o del microbio y su vida, o de las lejanas galaxias. Los sentidos del cuerpo glorioso son más perfectos y superiores a todos esos inventos. Nada habrá en ningún aspecto que el bienaventurado no lo conozca en Dios y en los seres mismos.

183.—En la mirada gloriosa de la visión de Dios y con la sabiduría infundida en el alma ya no nos admiraremos de los conocimientos de los que teníamos por sabios, sino de lo poco que sabían, aun cuando otra cosa nos parecía. El alma en el cielo ve, conoce, puede lo que desea, todo con el mayor gozo y completa satisfacción. Conoce las relaciones y las causas de cuanto existe. Y por encima del mundo natural, conoce también el mundo sobrenatural, tanto el angélico como el humano, mundo

lleno de maravillas inmensamente superiores al mundo natural. El cielo es el reinado glorioso de la evidencia de la verdad en el amor y en la alegría y gozo.

La radio y la televisión nos reproducen los sonidos y las imágenes de lo que se ejecuta a distancia. No sabemos hasta dónde se perfeccionarán esos maravillosos inventos en el futuro. Si eso se ha llegado a hacer en la tierra, ¿qué maravillas no serán las de el cielo? El bienaventurado estará no en imagen, sino presente, donde desee estar y en lo que desee conocer. Para el espíritu no hay distancias y el cuerpo glorioso está pronto y obediente al deseo de la voluntad.

Estará presente en las estrellas más lejanas, a millones de años luz, y lo verá no sólo con ojos perfectísimos y conocimiento completo, no sólo en el exterior, sino dentro, en el núcleo de los astros y de los soles. El alma puede penetrar porque es espíritu y el cuerpo glorificado también puede por las dotes de sutileza e impasibilidad. Todo es para su mayor gozo y gloria. Comprende qué es y cómo se produce la luz y el calor de las estrellas, y si disminuye o durará para siempre. Comprende los caminos y las velocidades de los astros y las leyes de atracción y el concertado movimiento del universo entero en su inmensidad de millones de años de luz.

Puede el alma estar donde quiera y, como Dios está en todas partes, nunca deja de estar en la infi-

nita hermosura de Dios. Puede trasladarse donde quiera con la velocidad del pensamiento de un confín a otro confín del universo. Puede estar viendo como presente con la mirada de su inteligencia y de sus ojos gloriosos los puntos más distanciados. En el lugar y en el elemento en que esté el bienaventurado siempre está glorioso, y siempre está en Dios, y está por su voluntad, y está siempre en el cielo gozando.

Anunció Dios al hombre que sería Rey de la creación y la dominaría. No lo es ahora en esta vida. Lo será en el cielo en compañía de los ángeles y de todos los bienaventurados en la mayor alegría y armonía. Todos mutuamente se comunicarán el gozo y el conocimiento que disfrutan. La ley del cielo es el amor glorioso y todo lo rige y gobierna el amor en la evidencia de la verdad.

Dios ha creado el mundo material para admiración y gozo de las criaturas espirituales. Ellas conocen y admiran y alaban a Dios. La materia no conoce ni puede agradecer. El universo entero será para mí y para mis hermanos los ángeles y los hombres, porque es de mi Padre celestial. El universo entero y todas las criaturas son para mí y para todos en la más deleitable armonía. Ya no hay encontrados derechos ni jurisdicciones. En el cielo no hay egoísmo y desaparecieron los instintos perturbadores y desordenados. En el cielo no hay necesidades de ninguna clase, todas son satisfacciones, alegrías y gozos.

Conoceré las condiciones de los hombres, las intenciones que en sus pensamientos y acciones tuvieron, la razón del fracaso o del triunfo de los emprendedores y las propiedades y adversidades de las naciones y de los pueblos.

El más humilde y el más santo, porque amó más a Dios, conocerá mucho más y más detallada y gloriosamente de Dios y de los elementos de la creación, porque o lo ve y lo conoce en Dios o lo ve por la luz o conocimiento infundido por Dios. Y el más santo, como el ángel más alto, tiene más clara y alta visión de lo infinito de Dios y de todas las cosas en la esencia de Dios, y recibe más intensa infusión de la sabiduría y luz para conocer el mundo. El que renunció a todo por Dios, lo recibirá y conocerá todo en el gozo de Dios.

184.—En el cielo, entre delicias transportadoras y admiración de júbilo y agradecimiento, gozaré viendo cuán largamente premió Dios y con cuánta equidad todos y cada uno de los actos internos y externos, y se estará gozando el premio para siempre. Nada había desconocido para Dios y en todo estaba presente y amoroso, recogiendo para premiar, y ni un acto de amor, ni una respiración hecha por Él quedará sin espléndido galardón. Allí veré la grandeza y el valor de la oración y de la vida interior de amor y de los sacrificios y penitencias y su eficacia ante Dios en favor de las almas y de la Iglesia.

Con verdad dirá el alma gloriosa, rebosando júbilo: *Míos son los cielos y mía es la tierra; los ángeles son míos y mía la Madre de Dios*[3], *y Dios es mío y para mi*. Conoceré todas las ciencias con toda perfección; poseeré todas las artes y todos los bienes materiales e intelectuales; gozaré de todas las delicias y encantos, de todas las fragancias purísimas, intelectuales y espirituales; me recrearé en los fulgores de los conocimientos insospechados como los de los mismos ángeles, y sobre todos éstos estaré sumergido y saturado en el refulgir infinito de Dios, manantial inexhausto de todo lo deleitable y gozoso, con una alegría y contento como el del mismo Dios, con cuyo gozo no hay comparación en nada conocido o soñado de la creación.

¿Cómo serán y qué intensa delicia encerrarán los gozos del cielo en Dios? El cuerpo humano naturalmente no podría resistirlos de contento, como lo expresó Santa Teresa y otros muchos santos, diciendo al Señor que o la ensanchase el pecho o la quitase la vida, porque ya no cabía más gozo. Dios fortalece el cuerpo glorioso con las dotes gloriosas de sutileza, impasibilidad, agilidad y claridad para que tenga capacidad de resistir todos esos gozos. ¿Cómo serán ellos y cuál su delicia y regalo?

Si a San Francisco de Asís se le quitaron los dolores oyendo, sólo en visión, el instrumento que toca-

3. San Juan de la Cruz: *Oración del alma enamorada*.

ba un ángel para recrearle. Si en otra ocasión, oyendo y viendo a un ángel que hacía sonar un violín con sólo una subida del arco quedó fuera de sí y hubiera muerto de delicia si el ángel le hubiese bajado[4]. Si dando un concierto unos músicos a San Juan de la Cruz durante una enfermedad quedó fuera de sí oyendo no la armonía de los músicos, sino otra armonía sobrenatural[5]. ¿Qué armonías y fragancias gustará el alma ya no en visiones, sino en las realidades del cielo? ¿Cómo no estará en una continua delicia gustando aquellas delicadezas? Dante decía que la mejor música de la tierra comparada con la del cielo era como la estridencia del desgarrado trueno[6]. Isaías habla de aquel santo que oyó cantar a los serafines[7]. La música que oye la Hermana Margarita a los serafines era tan dulcísima que no se la olvidó[8] y gozaba recordándola. Y eran sólo visiones y estando en el cuerpo, ya fueran visiones imaginarias o intelectuales. ¿Qué será la realidad del cielo con la cual ya Dios premia al alma? ¿Qué dulzuras inundarán al alma gloriosa y también al cuerpo glorioso después de resucitado?

Son armonías puras, espirituales, sobrenaturales, directamente infundidas por Dios para producir la

4. *Florecillas de San Francisco. Consideración II.*
5. P. Crisógono de Jesús: *Vida de San Juan de la Cruz,* cap. 20.
6. Dante: *La Divina Comedia.* «Paraíso», canto 23.
7. Isaías, 6, 3.
8. Hermana Margarita: *Manuscrito,* págs. 40 y 337.

felicidad perfecta y directamente recibidas en el alma ya preparada y fortalecida con las dotes gloriosas. Esta es la realidad dichosa de oír otro modo

de no perecedera
música, que es de todas la primera
y
durará en su reposo
sin ser restituido
jamás a aqueste bajo y vil sentido[9].

185.—El alma posee y goza en el cielo todas las delicias y bellezas, que ahora no podemos comprender ni aun sospechar que existan. Y todos los sueños y deseos que ahora tengamos son como humo y nada para lo que allí nos dará Dios en la paz más jubilosa, en la alegría y gozo más intensos, en la satisfacción y delicia más suave y regalada.

El alma está llena, saturada, satisfecha de saber y de gozar, de alegría y de delicia. La creación entera y el conocimiento universal y el gozo total son ya propios y connaturales del alma gloriosa. Y sobre todos, con infinita mayor perfección y exaltación de dicha, tiene, posee y goza a Dios. Dios mismo se ha entregado al alma comunicándola sus infinitas perfecciones de sabiduría y gozo, y todo es junto y detallado a la vez. Hermosamente decía el poeta:

9. Fray Luis de León: *Poesías a Salinas.*

Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido
y su principio propio y escondido[10].

Santa Teresa explicaba esto mismo por lo que Dios la había mostrado: *Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello*[11]. *Se me presentó muy en breve cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí… Digamos ser la divinidad como un muy claro diamante*[12].

El alma gloriosa está en Dios y en Dios ve y posee gloriosamente todos los bienes y todas las cosas y verdades según su capacidad; todas las tiene presentes y está con el mirar de su alma presente a todas, no sólo a las materiales o corpóreas, sino también a las morales, espirituales pasadas y futuras.

En esa claridad de Dios ve ahora con gozo incontenible lo que siempre procuró conocer viviendo en la tierra y nunca pudo conseguirlo. Quiero saber en esta vida la razón y causa de los dolores y sufrimientos que se padecen y por qué permitió Dios y

10. Id. id.: *A Felipe Rui.*
11. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 39, 22.
12. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 40, 9.

permite el mal moral y físico, los pecados y las injurias por los cuales muchos siempre estarán apartados de Dios, Sumo Bien, y vivirán penando para siempre. Mi razón humana no puede comprenderlo en la bondad y misericordia infinita de Dios. En el cielo veré ya muy claramente la causa, y con gozo alabaré a Dios por ello y porque tuvo especial compasión de mí para salvarme. Me llenará de gozo ver esto y gozar de Dios para siempre en la gloria. Uniré mi alabanza a la de los ángeles por sus altísimos y profundísimos juicios desconocidos hasta llegar a la claridad de la visión de Dios.

El bienaventurado en el cielo comprende, admira y alaba a Dios en sus insondables juicios y en sus determinaciones y obras. El bienaventurado todo lo tiene presente y lo está viendo en Dios. Ve lo que está cerca y lo que está distante, porque todo está en Dios. Para el espíritu no hay distancia. Para estar en Dios y ver en Dios no hay lejos, ni apartados ni hay que dar preferencia a otros esperando. Todos estamos en Dios, en el mismo Dios. Todos nos conocemos, comunicamos y tratamos en Dios, verdad y claridad y hermosura infinitas. Todos hemos sido transformados en la gloria y en la hermosura de Dios. Es transformada y hecha mayor hermosura y mayor gloria, y decimos que está más en Dios el alma que tiene la visión de Dios más perfecta, porque amó más. Los estudios de la tierra y los conocimientos adquiridos en el mundo durante esta vida

son como nada en el cielo. La medida de los conocimientos que Dios infunde la hacen las virtudes y el amor de Dios. El amor de Dios y la virtud son la perspicacia y la perfección para ver a Dios y participar de las perfecciones de Dios y de su naturaleza, y lo son para ver más perfecta y universalmente las criaturas y toda la naturaleza criada.

Sólo Dios es la felicidad. Sólo Dios basta para la dicha perfecta y para todo el gozo y satisfacción completa, como se basta a Sí mismo para ser eternamente feliz. Pero el alma en el cielo no vive aislada ni solitaria. El alma en el cielo vive en la comunicación continua de la mayor alegría con toda la naturaleza, y convive en el más rebosante gozo con todos los bienaventurados y con los ángeles.

En armonía jubilosa se comunican todos su conocimiento de Dios y de las perfecciones, gozos y dicha de Dios; gozan con gozo inexplicable, en comunicarse íntima, regalada y tiernísimamente con todas las jerarquías y con todos los bienaventurados. Los afectos de la tierra y las amenas conversaciones y pasatiempos no pueden compararse con aquellas armonías y felicísimos tratos y comunicaciones.

Nos conoceremos todos; nos trataremos todos y nos comunicaremos todos directa y amorosísimamente en la claridad de la luz de gloria de Dios. Ya no habrá más secretos encubiertos ni más incomprensiones; todo es pura armonía y alegría mutua, y amor abierto gozando en el mutuo entender, en el

obrar y en el amar. Todos nos gozaremos en el gozo de los demás, porque es gozo de Dios y tendremos mayor gozo viendo el gozo más intenso y resplandeciente del más bienaventurado. El gozo perpetuo por el premio y gloria y por ver el premio y gloria de los demás inunda el alma y no tiene celajes de tristeza o envidia, sino exaltación y alabanza en alegría. El gozo de cada uno es gozo de todos, pues es gozo de Dios.

186.—El alma está rebosante de alegría y agradecimiento viendo la magnanimidad de Dios en premiar todos y cada uno de los actos buenos que se realizaron, con premio de grande gloria y para siempre; y es premio de los actos externos y de los internos y hasta de los deseos que sólo Dios conocía.

Todos los bienaventurados admirarán con alabanza de júbilo la hermosura del premio de la vida interior o de amor, y la eficacia que ante Dios tenía y repetirán a semejanza de San Pedro de Alcántara: ¡Oh dichosa vida interior que tanta gloria nos ha ganado! ¡Oh dichoso ofrecimiento, sufrimiento y retiro que tanto cielo nos ha proporcionado! ¡Oh dichoso tiempo de oración que tan íntimamente me unió con Dios y tanto gozo me ha alcanzado! ¡Bendito el Señor en sus misericordias y bondades!

Santa María Magdalena de Pazzis, viendo en éxtasis la gloria de San Luis Gonzaga y de la sierva de Dios Benedetta, exclamaba: *¡Oh grandeza de las*

obras internas poco penetrada! Es de mayor valor una obra interna que mil años de ejercicios externos... Ahora, en la Patria, ya no vas con la cabeza baja como cuando estabas con nosotros, sino vas llena de gallardía por todos los coros celestiales[13]. *No hay sombra de comparación entre las acciones internas y externas... Mientras Luis vivió en la tierra estuvo atentísimo a las miradas del Verbo, por eso tiene ahora tanta gloria*[14].

Quedó arrobada cuando Dios la mostró la hermosura de un alma en gracia, ¿qué luz recibiría su alma al verla ahora gloriosa? ¿Que serán y cómo serán y estarán las almas en el cielo?

Delante de todos los hombres que han existido mostrará Dios todos los actos externos e internos y todos los deseos como todas las obras de todas las almas y el galardón con que los premia. No quedará ni una sola jaculatoria ni una sola respiración hecha por amor de Dios sin su premio y gozo especial ante todos los hombres y ángeles, y lo que se vivió en un momento se gozará para siempre en compañía y alegría de todos los bienaventurados.

Los más mínimos gozos son gozos altísimos en la visión más clara y amplia del ser de Dios, gozos espirituales, sobrenaturales, como es sobrenatural y espiritual el conocimiento de Dios.

13. *Santa María Magdalena de Pazzis*, por una monja del mismo monasterio, cap. XVIII.
14. Id., id., cap. XXIV.

Si decía San Juan de la Cruz que cuando Dios comunica un poco más al alma sus gozos en esta vida, de tal manera revierten en los sentidos que hasta los artejos de los pies redundan en gozo. ¿Cuál será la inundación de gozo en todos los sentidos del cuerpo glorioso cuando Dios le una al alma gloriosa para premiarle según sus magnificencias? ¿Cuál será el goce del cuerpo glorioso? ¿Cuáles serán las delicias del cielo y para siempre? Son delicias sobrenaturales, divinas, espirituales, puras, recibidas directamente en el alma sin roces que las debiliten, dadas por Dios para premiar en toda magnificencia. No es posible imaginarlas porque son sobrenaturales. El alma las refleja después sobre el cuerpo glorioso. Según la gloria del alma, será la gloria del cuerpo. Por la belleza y delicia del cuerpo se conocerá la gloria del alma.

¡El cielo! ¡El cielo feliz y para siempre! El alma estará ya en la total y gozosísima actividad. El alma ya no se cansa; está en el ininterrumpido y variadísimo gozo. Está continuamente en la gozosísima actividad de entender y ver a Dios, de amar y gozar en Dios en compañía de todos los ángeles y bienaventurados.

Ni se cansará más el cuerpo glorioso. Ya no necesita comer ni dormir. Han desaparecido todas las desordenadas preocupaciones de la propia conservación y de la especie, y su vida es gozar en todos los sentidos el gozo del alma y el gozo de Dios, y

como reflejo o sombra de Dios, la belleza de la creación. El cuerpo ya tiene vida gloriosa.

El cielo es la convivencia gloriosa y feliz en Dios, de la gran familia de los ángeles y bienaventurados no sólo tratándose en delicia, sino viviendo en Dios unidos en la misma vida, en los mismos pensamientos, en los mismos amores y deseos gloriosos sobrenaturales, gozándose los unos en los bienes y en los gozos de todos los demás y todos en el gozo infinito y en la vida de Dios. En el cielo se vive ya la ley del amor glorioso en la convivencia de la felicidad y dicha en la evidencia de la verdad.

¡Oh Dios mío y gloria mía, Creador de todo y glorificador de los bienaventurados! En Ti seré feliz. Viviré tu misma vida y felicidad. Será feliz mi alma y lo será también mi cuerpo. Libre ya este cuerpo mío de toda necesidad y de toda dolencia, sobrenaturalizado con las dotes de impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad será a modo de espíritu, participando de la dicha e inmortalidad del alma y gozando en todo y por todo. Unido al alma vivirá eternamente sumergido y saturado en el gozo infinito de Dios. ¿Cómo será la delicadeza de ese gozo?

187.—En el cielo, los ángeles y los bienaventurados viven la misma vida de Dios en el mismo Dios, en la mutua comunicación de bienes y de gozos. El cielo es la posesión y el gozo de la hermosura y de la verdad, de la armonía y de la alegría en ininte-

rrumpida dicha individual y colectiva. ¡Oh dichosa Patria donde el Amor glorioso de Dios en la evidencia de la verdad lo gobierna todo en la felicidad!

¡Oh Dios, todo Bondad, Creador de todo y glorificador de los bienaventurados! En tu Verdad veré y conoceré las maravillosas grandezas, las inmensas constelaciones, los astros todos en sus pasmosas distancias de millones de años de luz, y veré cómo se mueve tan ordenadamente todo el universo. En tu Verdad conoceré y dominaré las leyes que pusiste a toda la naturaleza y que rigen los átomos y los astros, los microbios y los ángeles. Viéndolo, conociéndolo y dominándolo mi alma se deshará de gozo, admiración y alabanza a Ti, que estás sobre todo y me creaste para Ti mismo, Hermosura infinita. ¡Bendito seas!

Mi vida en el cielo es conocerte a Ti, admirarte a Ti y alabarte en unión con todos los bienaventurados felices ya, y con las brillantísimas constelaciones de las altísimas y gloriosísimas jerarquías de los ángeles, inmensamente más numerosos y perfectos que los hombres y que todas las demás criaturas espirituales que hayas criado y de las cuales no tengo noticia, y entonces conoceré y trataré. Veré los ángeles y esas criaturas como a los bienaventurados y los trataré y te alabaré a Ti, Bien infinito, uniendo mi alegría a la suya por tus magnificencias y bondades. Porque conociéndote a Ti te viviré a Ti mismo y Tú mismo serás mi vida gloriosa.

En el cielo me gozaré en tu gozo infinito viendo los portentos sobrenaturales que hiciste en las almas de tus santos, en el alma de la Virgen María y de San José y en la unión hipostática de tu divinidad con el alma de Jesucristo, centro de la creación y tu obra primordial y capital.

Veré y admiraré el milagro de haber levantado el alma humilde de la Virgen a tanta grandeza y hermosura y la gloria con que la galardonaste haciéndola Reina de la creación al lado de Jesús. Con Jesús y con la Virgen será mi gozo y mi alabanza y admiración a Ti y en Ti para siempre.

Capítulo XXXI

Glorificación de los cuerpos resucitados

188.—En el cielo, el alma es totalmente dichosa viendo a Dios. El bienaventurado vive en el mismo Dios su misma vida y goza y entiende en Dios su mismo gozar y entender según la propia capacidad. Viviendo, entendiendo y gozando en Dios, goza, posee y entiende todos los bienes y todos los gozos de la creación en el mismo Dios.

En el cielo, el alma está llena de la misma dicha de Dios y de su mismo entender y poder, no de modo infinito ni por sí misma, eso no es posible, sino de modo participado, pero saciativo, según la capacidad que cada alma tiene. La capacidad es según la gracia y el amor que tenía al morir. El alma está transformada en la misma hermosura, amor y gozo de Dios hecha hermosura y gloria en la gloria y hermosura de Dios.

Pero el hombre no es sólo el alma. El hombre consta de alma y cuerpo. Los ángeles son sólo espíritu, no tienen cuerpo. Siendo glorioso su espíritu, lo es todo su ser. El alma humana viendo a Dios ya es gloriosa y feliz. No necesita del cuerpo para ser feliz, pero no es feliz el ser total en las dos naturalezas del hombre si no lo es también el cuerpo.

Dios, sumamente magnánimo y equitativo, premiará todo el ser. Juntamente con el alma buena que practicó la virtud, lo fue y la practicó también el cuerpo. Al separarse el alma del cuerpo dejó de vivir el cuerpo, perdió la sensibilidad y se deshizo en el sepulcro o donde las circunstancias le pusieron. El cuerpo separado del alma y deshecho no puede sentir y deja de existir como tal cuerpo. Pero también el cuerpo había practicado la virtud juntamente con el alma. Aquella materia determinada del cuerpo sufrió las penalidades de la penitencia, del martirio, del esfuerzo en el bien obrar y cumplir el deber y merece ser premiado como lo es el alma.

La mayoría de los pecados se cometen por causa del cuerpo y el cuerpo peca juntamente con el alma, siendo causante de perder la felicidad eterna. También el cuerpo obra el bien juntamente con el alma y vive la virtud. Con la muerte deja de vivir y de existir como cuerpo humano, pero parece justo reciba el premio como lo recibe el alma y en su compañía.

El cuerpo obediente al alma y unido a ella abrazó la penitencia, vivió en el retiro y aceptó el marti-

rio en todos sus miembros; justo parece que goce en todos sus miembros como el alma goza en sus potencias y en proporción de la mortificación que abrazó y del ofrecimiento que hizo a Dios. No ha de quedar lo mismo para siempre el cuerpo de quien no se privó de ningún regalo, capricho y diversión, que el de un San Antonio o San Pedro de Alcántara, que por amor de Dios se privaron de todos y pactaron con el sufrimiento y mortificación.

Con la muerte deja de existir el cuerpo humano de un alma. Se deshace. Pero Dios es todopoderoso y con su omnipotencia ha prometido volver a dar ser y vida a aquel cuerpo que desapareció y lo unirá de nuevo al alma, al mismo alma que antes le dio vida y con quien realizó el bien y practicó la virtud. El alma ya está gloriosa. Dios no dejará para siempre incompleta la naturaleza humana que Él formó de alma y cuerpo y separó en la muerte como castigo de la defección del Paraíso terrenal. Es castigo temporal. El alma dice relación al cuerpo que la ayudó a ganar el cielo, que ya goza. La muerte es contra la naturaleza del hombre, y lo que es contra la naturaleza no será para siempre.

Dios resucitará el cuerpo muerto y deshecho. Yo no sé ni puedo explicarme cómo. Dios sí lo sabe, lo ha prometido, es todopoderoso y lo hará. Dios resucitará este cuerpo mío, que ahora se mortifica y vive retirado o trabajando por su amor, y lo unirá a esta alma mía, que ahora le ama y quiere amarle más y

sobre todas las cosas y todas las dejó por su amor. Juntos están practicando el bien y amando a Dios, juntos gozarán el premio del bien para siempre. En el alma y en el cuerpo recogeré en el cielo lo que en la tierra siembre.

La resurrección de los cuerpos muertos es dogma de fe. Yo creo en la resurrección. No sé cómo, pero sé que la hará el poder de Dios. Mi cuerpo, después de pagar tributo a la muerte y de haberse convertido en polvo y en otras materias, volverá a tener nueva vida para ya no morir. El poder de Dios me lo resucitará y me lo unirá a mi alma. Volveré a ser todo el ser humano, la naturaleza humana completa y perfecta. No sé cómo Dios reunirá la materia de este mi cuerpo, que pasará por mil transformaciones, pero Dios lo ha prometido; Dios es omnipotente, es quien tiene que hacerlo y sabe cómo tiene que hacerlo.

189.—Para los conocimientos científicos que actualmente tiene el hombre resulta incomprensible la resurrección del mismo cuerpo que ahora tengo, que pasará por esas mil extrañas transformaciones o será asimilado por otros.

No entiendo cómo, pero sé que Dios es todopoderoso y ha revelado que resucitará los muertos. Dios no engaña. Creo que este cuerpo mío, que ahora sufre y acepta los rigores del frío y del calor, y escoge la mortificación y está animado de esta

alma mía, volverá a tener nueva vida unido a mi alma.

¡Qué maravillado admiraré tu poder infinito, Dios mío, cuando des la nueva vida a mi cuerpo y le unas glorioso a mi alma gloriosa para que todo el ser humano reciba recompensa! Todo el hombre, cuerpo y alma, obró el bien; todo el hombre, alma y cuerpo, recibirá el galardón en cada uno de sus miembros y potencias.

Anímate, cuerpo mío, que nada de cuanto sufres y trabajas quedará sin serte recompensado para siempre. El cuerpo del penitente recibirá el premio de su penitencia; el del mártir, de su martirio; el del apóstol, de su apostolado, y el del virgen, de su virginidad.

San Pablo pone esta verdad de la resurrección como fundamento de nuestra fe. Si se prescinde de él, todo el edificio cristiano se desploma en ruinas. *Pues si no hay resurrección de muertos, tampoco resucitó Jesucristo. Mas si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vana es también nuestra fe... Si nosotros sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha venido a ser como primicias de entre los difuntos... Cristo, el primero; después, los que son de Cristo*[1]. Yo no renuncio al mundo y me abrazo con el sacrificio,

1. San Pablo: *I a los Corintios*, 15, 15-24.

silencio y humillación por gusto de mi cuerpo, sino por amor de Dios. Sería la mayor locura escoger el desprecio, el sufrimiento y pasarlo mal para desaparecer con la muerte en la nada.

Pero Cristo resucitó y está glorioso en el cielo. Nosotros resucitaremos y esperamos ir a la felicidad del cielo con Jesús. Estamos sembrando para el cielo. San Pablo pone esta misma comparación. Se siembra el grano, se cubre de tierra, se descompone y nace transformado en nueva planta, hermosa flor y sabroso fruto. Sembramos obras buenas durante la vida. Se descompondrá el cuerpo, como la simiente, y Dios le volverá a una nueva vida gloriosa y será a modo de espiritual; *se siembra como un cuerpo animal y resucitará como un cuerpo espiritual*[2].

190.—Mientras vivimos en la tierra, el alma da la vida al cuerpo, pero el cuerpo no tiene la perfección y salud en proporción de la gracia del alma. Con frecuencia, un alma santa vive o anima un cuerpo enfermo, contrahecho o débil, y un alma irreligiosa y viciosa vive o anima un cuerpo robusto, esbelto y atrayente. No será así después de la resurrección. De tal manera informará el alma al cuerpo, que le comunicará sus cualidades y perfecciones en proporción de la gracia y bondad que ella tenga. Con sólo ver el cuerpo glorioso se sabrá

2. Id., id., 15, 44.

la gloria y perfecciones del alma. El cuerpo del alma más santa será el más hermoso y más lleno de encanto y el que tendrá más capacidad para gozar.

Ninguno estará más lleno de perfecciones ni tendrá tanta hermosura y encanto como el cuerpo de Jesucristo. Es el Sol que ilumina a todos los bienaventurados. Y después de Jesucristo, el cuerpo de la Virgen Santísima. Todos los cuerpos de los bienaventurados son de una hermosura sobrenatural y no podemos figurárnosla, pero todos son diferentes en la belleza y gloria en proporción de la diferente gloria del alma.

Santa Teresa de Jesús dice del cuerpo de Jesucristo: *Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer... Desde a pocos días vi también aquel divino rostro que del todo me parece me dejó absorta... El Señor se mostraba así poco a poco..., porque tanta gloria junta tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir..., parecerá... que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso. Sonlo tanto los cuerpos glorificados que la gloria que traen consigo ver cosa tan sobrenatural hermosa desatina*[3].

Es una contradicción decir que el cuerpo será como espiritual. San Pablo lo dijo no solo como simbolismo oriental, sino como expresión feliz y signi-

3. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 38, 1-2.

ficativa. Porque el cuerpo es materia y no puede ser espiritual. Pero tales y tantas perfecciones y propiedades le comunicará Dios cuando el alma bienaventurada le informe de nuevo, después de la resurrección, que parecerá espíritu. Por ello, continuó afirmando San Pablo: *Jesucristo transformará nuestro vil cuerpo y le hará conforme al suyo glorioso, con la misma virtud eficaz con que puede también sujetar a su imperio todas las cosas y hacer cuanto quiera de ellas*[4].

Como San Juan en el Apocalipsis describe con simbolismo oriental la Jerusalén celeste, enumerando la abundancia y riqueza del cielo y su inmensidad, recuerda también la resurrección de los muertos al sonido de la trompeta del ángel. La realidad será que al mandato de la omnipotencia divina resucitarán los cuerpos de todos los hombres que han existido. Él sabe cómo lo hará, para eso es todo poderoso, y los unirá a las mismas almas que en la tierra los dieron vida. Al unirse para ya nunca jamás separarse, las almas bienaventuradas comunicarán a sus cuerpos la intensidad de sus propiedades y perfecciones y los harán gloriosos con gloria y perfecciones proporcionadas a las de las almas y siempre unidos en armonía perfecta y en la total sumisión del cuerpo, gozarán ya sin fin. Cuerpo y alma serán felices para siempre.

4. San Pablo: *A los Filipenses*, 3, 21.

¡Oh abrazo dichoso y bienaventurada unión! ¡Oh alma y cuerpo míos, que ahora sufrís y no tenéis certeza de nada ni aun de si estáis en gracia de Dios y si le amáis como deseáis! ¡Ya entráis en la claridad, y en la verdad y en la felicidad y gozo de Dios! ¡Ya no volveréis a sentir el sufrimiento ni la desazón e incertidumbre! ¡Ya para siempre viviréis unidos en el júbilo y en la dicha!

Dios juzgará a todos dando a cada uno el premio de gloria delante de todos los hombres y de todas las generaciones. Bendito el momento en que oiga la voz de Jesucristo diciéndome: *Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino celestial, que os está preparado desde el principio del mundo*[5]. Tú, amado mío, que te entregaste a Mí en la tierra, *ven a participar del gozo de tu Señor*[6].

Todos los hombres de todas las generaciones y de todas las épocas nos conoceremos individualmente y conoceremos todos y cada uno de los actos exteriores e interiores, pequeños o heroicos, que cada hombre realizó y la intensidad de amor de cada acto, por los cuales tan alta y equitativamente es premiado. No habrá ni una obra, ni un suspiro ni un deseo realizado por Dios, que no reciba el altísimo y equitativo galardón. El juicio será o no será en el valle de Josafat, pero Dios lo hará manifiesto ante

5. Mateo, 25, 34.
6. Id., 25, 23.

todos los hombres y todos lo verán y admirarán. Allí brillarán la gracia y el amor, los deseos y la realización de cada uno. Allí veremos la grandeza y mérito de la vida interior y del verdadero apostolado. Allí resaltan en hermosura las virtudes practicadas coronando los santos.

Es el límite del tiempo de esta modalidad terrena, como dice el ángel[7], y empieza la vida de gloria a modo de eternidad. Todo se realizará en un momento.

191.—El alma bienaventurada y llena de dicha, unida ya al cuerpo mismo que tuvo en la tierra, consocio y cooperador de todas sus obras, le hará también consocio de la gloria, de la hermosura y de las perfecciones y gozos que ella disfrute. Cada alma comunicará a su cuerpo su misma felicidad. Todos verán y admirarán la hermosura de todos y en todos se alegrarán.

El cuerpo no puede ver a Dios en el cielo, por que lo corpóreo no tiene capacidad o posibilidad para ver lo espiritual, pero sentirá sus efectos de felicidad; *verá y conocerá las maravillas de Dios en toda la creación, sin conocer distancias, por la dote de agilidad que le trasladará momentáneamente hasta los puntos más remotos y sin cansancio e imperfección de sus sentidos y miembros. Estará el cuerpo a semejanza de espiritualizado, no necesitando de estos bienes materiales*

7. *Apocalipsis*, 10, 6.

a que ahora está sometido para su sustentación, ni sintiendo los efectos desagradables de los elementos y siendo su hermosura expresión fiel de la gloria, que el alma tiene y en proporción de su amor a Dios[8]. El cuerpo no puede ver a Dios, que es espíritu puro, como no puede ver ni a su propia alma, pero es glorioso y feliz con la gloria que Dios le da junto con su alma. Nada le faltará de cuanto desee y apetezca en el saber, en el amar y en el tener y disfrutar. Ya no conocerá más los dolores ni las tristezas, ni las disensiones, ni las necesidades ni estrecheces. Ya todo será alegría y regocijo en armonía con todos.

Como Dios hace al alma feliz comunicándola las dotes de gloria, que como ya dije son la visión, la comprensión y la delectación o fruición, comunica también al cuerpo glorioso las dotes de gloria, con las cuales se fortalece y hace apto para recibir la influencia gloriosa del alma con toda la intensidad de gozar y se hace a modo de espíritu. Ya nunca se interrumpirán sus gozos. Sin las dotes de gloria no podría el cuerpo resistir tan deleitable delicia.

Nunca el cuerpo puede ser espíritu, como nunca puede ver directamente a Dios; pero Dios le comunica tales perfecciones con las dotes de gloria, que en muchísimas cosas se asemeja al espíritu. Por ello decimos con San Pablo que se siembra en cuerpo animal y *resucita en cuerpo espiritual.*

8. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. med. XIV.